
LA PSICOLOGIA SOCIAL: DESORIENTACION Y APLICACION A LA REALIDAD ESPAÑOLA

Amalio Blanco Abarca

A partir de finales de los años sesenta y coincidiendo precisamente con eventos especialmente significativos de esa década, han venido apareciendo en la literatura psicológica una serie de manifestaciones haciéndose eco de la crisis de esta disciplina. Pese a que estamos convencidos de que es impropio hablar de crisis de una disciplina que se encuentra en vías de desarrollo, permita y entienda el lector la utilización de este término como sinónimo de «búsqueda confusa de un paradigma».

El vertiginoso ritmo de desarrollo tecnológico, la rapidez de traslado y comunicación, la ola migratoria, la explosión e implosión de la población, la carrera de armamento, el paro, la delincuencia, etc., vienen suponiendo un nuevo orden de cosas y de problemas en relación con los cuales la psicología ha venido demostrando una preocupante desorientación que se hace especialmente manifiesta en la psicología social, por lo que esta disciplina tiene, entre otras, de raíces y vinculaciones sociológicas.

En concreto, cuatro parecen ser los más firmes soportes en que se apoyan los psicólogos sociales al hablar en estos términos. La «historicidad» del comportamiento social, la preocupación por la base epistemológica y metodológica de esta disciplina, el problema de la validez interna y externa de los datos disponibles y la relevancia social que éstos pueden poseer, constituyen

algunos de los temas críticos de la psicología social contemporánea. Por su parte, Mertens y Fuchs (1978) vienen a coincidir con estas perspectivas, al concretar en tres los indicadores de la crisis: la falta de relevancia, la falta de congruencia teórica y la distinta y discutida manera que los psicólogos sociales tienen de entender lo científico. De algunos de estos indicadores nos iremos haciendo eco en el devenir de esta exposición, coincidiendo con Marín (1978, pág. 2) en que «... de hecho, la psicología social está en crisis, ciertas creencias o ideas que han sido la base de gran parte de su desarrollo están siendo cuestionadas y rechazadas», pero consolándonos con Elms (1975, pág. 970) en que, en definitiva «las ciencias sociales avanzan por medio de crisis. La psicología social es una auténtica ciencia que, obviamente, necesita avanzar más. Esperemos que esto sea realmente una crisis, porque así tendríamos oportunidad de validar nuestro estatus científico y sería un pre-sagio del avance que necesitamos».

Nuestra intención en este trabajo es de un doble orden. En primer lugar, quisiéramos dejar constancia de la confusión por la que atraviesa nuestra disciplina, de su falta de relevancia en el tratamiento de problemas sociales para hacernos eco, posteriormente, de lo que ha sido la psicología social en nuestro país y proponer, finalmente, la consideración de una serie de temas que, desde nuestra perspectiva actual, desde nuestro aquí y ahora, serían especialmente relevantes, si bien no los únicos, en el contexto histórico-social en que nos encontramos.

Lo científico y lo social

La psicología social se ha movido, en opinión de Moscovici (1972), entre dos polos y preocupaciones fundamentales: la de ser científica y la de no dejar de ser social.

Arrastrada por la vorágine experimentalista, esta disciplina se olvidó muy pronto de su adjetivo calificativo distintivo y se dedicó, casi con exclusividad, a intentar alcanzar y posteriormente justificar una entidad y categoría científica. La época más dorada y floreciente de esta tendencia científista comenzó a finales de los años cincuenta y se alargaría hasta mediada la década de los sesenta¹, época en que la explosión de conocidos fenómenos sociales hizo poner en tela de juicio la capacidad y relevancia científica de esta disciplina.

¹ Si, a modo de ejemplo, tuviéramos que optar por una década dorada en Psicología Social, escogeríamos aquella que va desde la publicación de la teoría de la disonancia cognoscitiva por Festinger (1957), hasta la aportación de Kelley en el "Nebraska Symposium on Motivation", de 1967, sobre la teoría de la Atribución en Psicología Social, ya que incluye las publicaciones de Schachter sobre la afiliación; de Thibaut y Kelley sobre la interacción grupal; de Homans y Blau sobre la interacción social; del grupo de Yale, bajo la dirección de Hovland y Janis, sobre las actitudes; de Heider sobre las relaciones interpersonales; de Osgood y Tannenbaum sobre el diferencial semántico; de Cartwright sobre el poder social; de Newcomb

La disociación entre experimentación y observación, laboratorio y campo, entre estudios experimentales y correlacionales, ha sido una de las más absurdas lastras que viene arrastrando la psicología social desde su mismo nacimiento y una de las principales causas, no sólo de su crisis, sino de la incapacidad e impotencia creativa que la ha caracterizado en los últimos quince años. «En el campo específico de la psicología social, esta polémica sigue impregnando tradiciones diferentes» (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, pág. 32) y levantando controversias con aires más pasionales que racionales.

El «viejo paradigma» (McGuire, 1973) se ha caracterizado por un aspecto creativo relacionado con la generación de hipótesis de trabajo y un segundo aspecto crítico cuya finalidad era la corroboración empírica de dichas hipótesis, todo esto, por lo general, llevado a cabo en situaciones experimentales o semiexperimentales, en la que el experimentador crea, controla y manipula las condiciones y variables de observación a la vez que decide qué individuos con qué características van a ser expuestos a ellas, dando lugar, posteriormente, a la formulación de una serie de principios sociocomportamentales pretendidamente válidos para cualquier individuo en no importa qué situación o contexto.

Este es el esquema y proceder que se ha utilizado en los aspectos claves del comportamiento social relacionado con temas como la interacción (Thibaut y Kelley, 1959; Homans, 1961), fenómenos de grupo (Cartwright y Zander, 1972), conducta conformista (Asch, 1962; Milgram, 1974), formación y cambio de actitudes (Osgood y Tannenbaum, 1955; Horowitz y Horowitz, 1937; Katz, 1960; Hovland, 1960), motivos sociales (Schachter, 1959; Rosen, 1959; Macaulay y Berkowitz, 1970), conducta política (Festinger, 1947), procesos de comunicación (Kelley, 1951), cooperación y competencia grupal (Deutsch, 1949; Thibaut, 1950), etc., en contra del cual se manifestó Gergen (1973, 1976), proponiendo la consideración de la psicología social como una ciencia histórica cuyos principios de explicación serían difícilmente generalizables porque «los fenómenos sociales varían considerablemente desde el momento en que están sujetos a cambios históricos» (Gergen, 1973, p. 318).

El viejo paradigma, representante de la tradición experimental, ha sido puesto en entredicho especialmente por las serias sospechas que levanta su validez externa, es decir, la capacidad de generalización de sus resultados. «Precisamente el problema clásico de la experimentación es el de la validez externa: cómo generalizar una relación contrastada con sujetos experimentales —normalmente estudiantes— y en situaciones también específicas, definidas histórica y espacialmente, a todas las situaciones y a todos los sujetos» (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 58).

En psicología social la ausencia de validez externa de los estudios expe-

y Winch sobre la atracción; de Milgram, Willis y Allen sobre la conformidad; de Bandura sobre el aprendizaje social; de Berkowitz sobre la Psicología Social experimentada, etc., como algunas de las más representativas.

rimentales se nos antoja como un hecho de sentido común. Si a la poca pureza metodológica existente en buena parte de los estudios experimentales (Carey, 1967; Collins y Guetzkow, 1971) añadimos la relatividad histórico-cultural y situacional de innecesaria comprobación, el «efecto del experimentador» (Rosenthal, 1967; Barber y Silver, 1968), las «características de la demanda» (Orne, 1962) y las limitaciones mencionadas por Harré y Secord (1972), sería, no ya factible, sino lo más procedente, poner seriamente en duda la misma validez interna de los estudios experimentales en psicología social y apoyar la idea de que los estudios correlacionales deben ser considerados «cada vez más como un método alternativo y menos como un método de inferior categoría, útil sólo para empresas científicas menores» (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 37)². El control, uno de los apoyos fundamentales del método experimental, se encuentra con la dificultad de minimizar una serie de diferencias individuales que podríán, cuando menos, oscurecer sus resultados. Entre estas variables, «la diferente interpretación que hacen los sujetos de la situación, constituye uno de los mayores problemas en la experimentación psicosocial» (Carlsmith, Ellsworth y Aronson, 1976, p. 55). En otras palabras, el impacto que la situación-estímulo tiene sobre los individuos sujetos a ella, puede despertar experiencias pasadas que canalicen la interpretación y determinen la respuesta dada a la situación presente. El conflicto entre control e impacto, o, por mejor decir, la dificultad de controlar el impacto individual dado el poco conocimiento que tenemos del sujeto, su historia y sus circunstancias y debido, asimismo, al poco tiempo de exposición al estímulo, constituye, hoy por hoy, una de las más serias dificultades del método experimental. Si reducimos las fuentes de variación externa (y, entre ellas, el impacto y la interpretación individual), corremos el riesgo de disminuir el poder de la variable independiente, si, por el contrario, reforzamos el impacto de esta variable, se nos quedan sin controlar las correspondientes al sujeto.

Si bien puede ser absolutamente innegable la regularidad en la existencia de ciertos fenómenos (aprendizaje social, facilitación y comparación social, jerarquía de poder, sumisión y dominio, etc.), tal como apunta Schlenker (1974), en un intento de desmoronar la postura historicista de Gergen, esto no invalida para nada la idea de la dependencia histórica del conocimiento y

² Recientemente (J. JUNG, *El dilema del experimentador*. Trillas, 1979), acaban de ser traducidos al castellano buena parte de estos trabajos, lo que da una idea de la importancia que va adquiriendo esta polémica y de la cada vez más generalizada opinión de que los estudios experimentales deben ser considerados de una manera crítica. «Los psicólogos experimentales tradicionalmente han recalcado las virtudes y las ventajas del método experimental y le han asignado un papel fundamental en el desarrollo de una psicología científica. Sólo en años recientes nos hemos dado cuenta, cada vez más, de que, juntamente con sus ventajas, el método experimental, especialmente cuando se utiliza con humanos, tiene diversas limitaciones y desventajas, cuyas implicaciones nos obligan a reconsiderar nuestras opiniones tradicionales acerca del papel que desempeña el método experimental en psicología.» (Jung, 1979, p. 9.)

experimentación social, ya que Gergen habla, no de la existencia o ausencia de estas manifestaciones, sino de su variación histórica y cultural en cuanto a su origen y dinámica.

Si nos preocupamos exclusivamente (como ha venido siendo usual en psicología social) de la comprobación experimental de ciertas hipótesis, no sería baldío preguntarnos si el sustrato teórico utilizado es válido para realidades o situaciones diferentes a las sujetas a comprobación. Ciertamente podemos recurrir, como hace Manis (1975) en un desesperado intento de salvaguardar la capacidad de generalización de los resultados experimentales en esta disciplina, al «if... then», lo cual, creemos, no disminuye en nada su relatividad, simple y llanamente porque la realidad social, la vida y la calle son como son, y no «como si fueran».

No resulta excesivamente clara la postura de Festinger cuando, intentando justificar los estudios de laboratorio, supone que no nos debe preocupar en absoluto la similitud de situaciones entre las condiciones experimentales manipuladas y controladas y la realidad, porque «el hecho de que pueda encontrarse o no tal situación en la vida real no tiene importancia. Evidentemente nunca puede encontrarse en la vida real la situación de la mayor parte de los experimentos de laboratorio» (Festinger, 1978, pp. 139-140), ante lo cual, buena gana de gastarse presupuestos en refinadas instalaciones y artefactos y dedicar el tiempo en algo que se mueve, a niveles de validez, única y exclusivamente, dentro de las cuatro paredes del laboratorio. Ciertamente que no es así en la realidad, pero de cualquier forma, estos procedimientos adquieren realmente pleno sentido cuando se basan en estudios de campo previos, sirviendo, entonces, para una mejor precisión y exactitud en la formulación de hipótesis o percepción de interrelaciones, o cuando pueden servir de pista orientadora para la iniciación de trabajos futuros partiendo de la experiencia en la situación experimental, ya que «el único modo de saber con seguridad si las relaciones causales descubiertas por los experimentos son válidas es sacarlas del laboratorio y llevarlas al mundo real» (Arosón, 1975, p. 13), según autorizada opinión de uno de los máximos representantes de este procedimiento. Desde esta perspectiva nos parece más congruente la idea de usar el laboratorio para «tener la posibilidad de probar, elaborar y refinar nuestro conocimiento en forma de aumentar nuestra comprensión de importantes procesos de la vida social» (Festinger, 1978, p. 141), o, en todo caso, para «diseñar experimentos que permitan que las personas actúen como lo harían fuera del laboratorio» (Harré y Secord, 1972, p. 50; citado en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 57).

Si lo científico es lo experimental, lo manipulado, lo cuantificable y lo generalizable (y no dudamos de que así pueda serlo), nos sumamos gustosos a la opinión de Moscovici (1972, p. 32) para decir que entonces «debemos admitir que la psicología social no es una ciencia. Intentamos darle una apariencia científica usando razonamientos matemáticos y las sofisticaciones del

método experimental, pero la psicología social no puede ser descrita como una disciplina con un campo unitario de interés, con un armazón sistemático de criterios de trabajo, un cuerpo coherente de conocimientos o un conjunto de perspectivas comunes compartidas por quienes se dedican a su práctica o estudio».

Por su misma naturaleza y definición, nuestra disciplina está en estrecha relación con la historia y con la sociocultura, con los acontecimientos y vicisitudes que dentro de ella tenga lugar, en tanto que éstos tienen clarísimas repercusiones sobre el acontecer sociocomportamental. Sería un grave error pasar por alto este hecho, ya que nos llevaría a la destrucción de uno de los pilares de la psicología social.

«Los dominios de nuestra disciplina son los procesos culturales responsables de la organización y del sistema cognitivo de una sociedad, del establecimiento de relaciones interpersonales, de la formación de movimientos sociales (grupos, partidos, instituciones) a través de los cuales los individuos actúan e interactúan, de la codificación de la conducta interindividual e intergrupal que crea una realidad social compartida con sus normas y sus valores cuyo origen debe ser, de nuevo, buscado en el contexto social» (Moscovici, 1972, p. 55).

Históricamente hubo un intento, comprensible por una parte, desmesurado por otra, de apartar a la psicología de la filosofía, y la psicología social cayó en la ilusión de la cientificidad cuando se vio envuelta en ropajes numéricos y mecida en las faldas de la estadística (Moscovici, 1972). Como corroboración a esta opinión, permítasenos la mención de los resultados del trabajo llevado a cabo por Fried, Gumper y Allen (1973) en base al análisis de los artículos aparecidos entre 1961-1970 en el «Journal of Social Psychology» (JSP), por una parte, y en el «Journal of Abnormal and Social Psychology» (JASP), y el «Journal of Personality and Social Psychology» (JPSP), conjuntamente analizados en relación con cinco criterios: 1) trabajos

Años	JASP-JPSP				JSP			
	Campo	Lab.	Cuest.	Entr.	Campo	Lab.	Cuest.	Entr.
1961	5	120	87	2	3	21	56	2
1962	2	86	39	0	10	12	80	3
1963	4	124	56	2	7	11	70	1
1964	1	136	76	1	2	22	62	3
1965	6	182	55	3	4	21	67	0
1966	6	155	40	3	5	22	67	0
1967	3	147	56	3	3	19	72	0
1968	7	148	33	3	4	27	85	1
1969	11	90	24	0	4	37	76	1
1970	6	130	35	2	3	36	72	3

(FRIED, GUMPPER y ALLEN, 1973, p. 156.)

de campo y observación en situaciones naturales; 2) experimentos de laboratorio; 3) cuestionarios, escalas, etc.; 4) entrevistas personales, y 5) trabajos teóricos.

Las cifras hablan por sí solas fundamentalmente en el sentido de que la gran parte del conocimiento actual sobre psicología social proviene de estudios en laboratorio y de cuestionarios y escalas de actitud.

Esto condujo a la creencia de que ya no se estaba haciendo filosofía, sino ciencia. La obsesión por «ajustar el estudio de la conducta a los modelos existentes en otras ciencias experimentales, nos ha llevado a tomar con indiferencia la faceta más importante y jugosa de la investigación conductual: la validez ecológica de nuestras observaciones, es decir, su posibilidad de generalización más allá del propio experimento» (Silverman, 1971, pp. 583-584).

Este viejo paradigma ha sufrido un serio ataque por la falta de relevancia social de sus hipótesis, y porque su comprobación exigía la manipulación de las condiciones experimentales, lo que, de paso, incapacitaba su posibilidad de generalización. Sin embargo, el nuevo paradigma, empeñado en la formulación de hipótesis socialmente relevantes y su comprobación en situaciones naturales, no supone más que un «superficial *cosmetic change*» respecto del viejo, de manera que «ni el viejo ni el nuevo paradigma son capaces de dar una respuesta convincente a las necesidades presentes» (McGuire, 1973, p. 450). El primero, porque no sirve más que para comprobar la ingeniosidad del experimentador en el manejo de la situación experimental. El segundo, porque prueba simplemente la capacidad de observación o la habilidad y oportunismo en la elección de un medio o una muestra adecuada. De todas maneras, sigue argumentando McGuire, se hace imprescindible una serie de cambios en la metodología psicosocial. Los más urgentes serían la formulación de hipótesis creativas y originales ya que «la fase creativa es la más importante de las dos» (McGuire, 1973, p. 450), salir del reduccionismo de perspectivas en que ha caído esta disciplina, intentar mirar más a la realidad que a las teorías o datos empíricos que intentan explicarla, o, al menos, no mirarla a través de éstos, y, finalmente, usar una perspectiva cronológica que nos capacite «ver el futuro en el presente, y encontrar el presente en el pasado» (McGuire, 1973, p. 453).

Al hilo de lo hasta aquí expuesto, podemos hacernos eco de ciertas constantes que han sido características de la evolución científica en la psicología social y que han sido, en buena parte, las responsables del *status* crítico en que dicha disciplina se encuentra en el momento actual.

1. La psicología social es la ciencia del comportamiento humano en lo que éste tiene de social e interactivo, de su permanencia y de su cambio. El descubrimiento de los pasos que vertebran su dinámica interna, ha de constituir el indiscutible punto de partida de nuestra disciplina.

2. El hincapié en el laboratorio, en las situaciones experimentales, remedando el proceder investigador de otras ciencias, ha hecho caer a la psicología social en la ilusión de su cientificidad, creyéndose así despojada de sus vinculaciones teórico-filosóficas. Bajo esta ideología metodológica se han desarrollado las más relevantes teorías.
3. Este ansia de hacer de la psicología social una «ciencia», condujo a un prematuro, relativo y peligroso olvido de «lo social», no porque los temas tratados no cayeran bajo tal denominación, sino porque se olvidó que «social» significa algo vinculado a una cultura, subcultura o contexto situacional.
4. No dudamos de que la psicología social sea científica, pero tal concepto se debe amoldar también a la naturaleza e idiosincrasia de cada una de las materias y disciplinas. Sería un craso error pretender que la psicología definiera lo científico como lo hace la física o la matemática. La psicología social no podrá ser nunca una ciencia social mientras no tenga en cuenta la relatividad y cambiabilidad a que está sujeto su cuerpo de estudio e investigación. Lo científico tiene muy poco que ver con lo numérico, y los fenómenos sociales, aunque difícilmente cuantificables, no son por ello menos reales que los físicos, biológicos o matemáticos.
5. En relación con la polémica de estudios experimentales-estudios correlacionales, la psicología social debe tener como meta y finalidad la realidad palpable y manifiesta. Puesto que la opinión más generalizada es que no son métodos excluyentes, se hace imprescindible abandonar posturas demagógicas y excesivamente viscerales para llegar a una metodología que tenga como finalidad el estudio de la conducta social tal y como existe en la realidad y en la calle, usando para ello las técnicas más exactas, rigurosas y sofisticadas que sea preciso.

La era de la relevancia

Como consecuencia de este su afán científico, la psicología social ha vivido, sobre todo en la última década, de espaldas a la realidad social. Las ciencias sociales, en general, «han tenido muy poca prominencia en ayudar a resolver los problemas nacionales o locales. Esta situación debería cambiar, en primer lugar, porque las ciencias pueden ser socialmente provechosas, y porque una relación más estrecha con el mundo y la realidad concreta podrían ayudar a su desarrollo» (Goodwin, 1971, p. 431).

El concepto de relevancia ha sido, precisa y no vanamente, el que con más asiduidad se ha manejado a la hora de intentar patentizar la crisis por la que atraviesa la psicología social. Una disciplina cuyas raíces emergen de la indudable entidad psicosocial del ser humano y que tiene por objeto el

estudio de sus manifestaciones comportamentales, no debería tan a menudo volver la espalda a aquello que está en la base de esas conductas observables y manifiestas: la realidad social y los fenómenos que dentro de ella tienen lugar.

«La crítica principal que se le hace a la psicología social —ha escrito recientemente uno de sus máximos representantes latinoamericanos— radica en que la mayoría de nuestras investigaciones no son relevantes porque han sido llevadas a cabo en un laboratorio aislado de toda realidad social y centradas en temas esotéricos» (Marin, 1978, p. 2).

En 1970 la «American Psychological Association» lanza su acostumbrada publicación bajo el título de *Psychology and the Problems of Society*, dedicada, por completo, a la defensa y propuesta del estudio e investigación de los problemas por los que atraviesa nuestra sociedad. En una de las aportaciones Baurim (1970) llega a afirmar que todo trabajo de investigación psicológica que carezca de implicación social, es absurdo e inmoral.

Lipsey (1974) lleva a cabo un curioso sondeo entre profesores y estudiantes postgraduados de psicología. Una de las preguntas del cuestionario empleado era: «En su opinión, ¿cuál es el problema más importante que se le presenta a la psicología actual?» Las respuestas a esta pregunta mostraron que la relevancia social ocupaba el primer lugar en las preocupaciones de la mayoría de los profesionales y semi-profesionales de la psicología, seguida de la investigación y el desarrollo teórico y cuestiones referentes a la terapia. Y es que a la psicología social, muy en particular, cada vez más «se le solicita que presente soluciones a los problemas del progreso técnico-científico, del aumento de población, de las migraciones internas a las grandes ciudades y de las tensiones inevitables que el mundo que construimos provoca en la mayoría de nosotros principalmente, y por paradójico que parezca, en las regiones más civilizadas» (Rodríguez, en prensa). Por su parte, Aronson (1975, p. 13) está plenamente convencido, no sólo de que la psicología social debe ser socialmente útil, sino de que «los psicólogos sociales pueden desempeñar un papel vital a la hora de hacer que el mundo sea un lugar mejor para vivir».

No pretendemos decir que el objeto primordial de la psicología social sean los fenómenos sociales, ni que haya una psicología social de cada uno de los problemas sociales, ni que éstos puedan ser, única y exclusivamente, explicados desde esta perspectiva. No nos cabe la menor duda de que las revueltas estudiantiles, el paro, los fenómenos musicales de tanta relevancia social desde comienzos de la década de los sesenta³, las nuevas formas de

³ A partir de la década de los sesenta, la música deja de ser un mero medio de entretenimiento para convertirse en un auténtico fenómeno social, en la base de una nueva cultura y de un nuevo modelo de sociedad reclamado por millones de jóvenes. Grupos como los Beatles y los Rolling Stones, solistas como Dylan o Elvis Presley supusieron un revulsivo importante en las formas de sentir, pensar y actuar de efectos comparables a los de la revolución industrial. Las dos últimas dé-

fanatismo religioso, la emigración, la masacre de Guyana, la delincuencia, el terrorismo, la pobreza, el hacinamiento en las grandes urbes, etc., como elementos característicos de una realidad que nos toca vivir, tienen una causación y consecuencias de muy diverso orden (políticas, sociales, históricas, económicas, etc.) que escapan al estudio y competencias de nuestra disciplina. Todos ellos, a su vez, como manifestaciones sociocomportamentales que son, y en aquello que tienen de psicosocial, pueden y deben ser objeto de esta disciplina, cuya perspectiva puede ser de gran ayuda en la cabal explicación y entendimiento de cada uno de ellos. Si hiciéramos un análisis detallado de la bibliografía psicosocial de los últimos quince años, nos encontraríamos con la sorpresa de que la mayoría de estos temas no cuentan con una mínima representación, y éstas son, entre otras, las vicisitudes históricas de las que hablara Gergen y que le hicieron pronunciarse sobre la historicidad de la investigación psicosocial en el sentido de que «las condiciones que afectan a los eventos sociales están constantemente sujetas a cambio. La teoría social se desarrolla bajo circunstancias históricas únicas y estas circunstancias están en continuo cambio» (Gergen, 1976, p. 377).

Cuando Mertens y Fuchs (1978, pp. 103-104) se enfrentan a la explicación más concreta de las dimensiones de esta crisis de relevancia, se preguntan si los psicólogos sociales han investigado temas mínimamente relevantes; si los resultados obtenidos son aplicables a la praxis social cotidiana; qué aspectos de la realidad social son abarcados por la metodología psicosocial; quién se encarga de la aplicación de los resultados obtenidos en las investigaciones psicosociales; qué relación tiene la imagen que la psicología social nos da del hombre, con el individuo de a pie.

Entrados ya en la década de los ochenta, debemos reconocer que la profecía que en 1971 hiciera Silverman suponiendo que la década recién expirada iba a pasar a ser la «era de la relevancia» en psicología social, no ha tenido cumplida realidad. «A pesar de su espléndida vitalidad, la psicología social viene siendo afectada, desde hace unos diez años, por una indiscutible crisis, no sé hasta qué punto calificable de desarrollo» (Jiménez Burillo, 1977, p. 140). A esta disciplina que, pese a todo, ha trabajado y sigue trabajando temas de interés social, le ha fallado un aspecto metodológico en el sentido de que los resultados obtenidos en sus estudios experimentales no pueden ser generalizados a situaciones naturales y reales, y un segundo aspecto direccional, ya que ha silenciado los temas más conflictivos y, por ende, los más relevantes desde el punto de vista social.

cadass han supuesto una revisión considerable de las premisas en que, hasta entonces, nos habíamos movido. Dentro de ellas, la influencia de la música "Rock" ha sido, sin lugar a dudas, vital y trascendente, y su estudio es imprescindible a la hora de comprender el momento presente. La ausencia de trabajos que, desde nuestra disciplina, aborden tal tema, no es más que una muestra de la irrelevancia social en que nos estamos moviendo, cuando no de un cierto anquilosamiento de quienes son sus máximos responsables y representantes.

Moscovici (1972, p. 66) asocia directamente la categoría científica de la psicología social a su capacidad de sensibilidad ante la problemática social de manera rotunda al decir que «cuando la psicología social comience a ser peligrosa, comenzará entonces a ser una ciencia», desbaratando sin piedad la conceptualización de científico-no-científico a que nos ha tenido acostumbrados la psicología social norteamericana y la consiguiente elección-rechazo de temas de estudio en base a esta definición.

Existen toda una serie de problemas y prioridades que exigirían el concurso del mundo científico para su explicación, comprensión y posible predicción. Dicho de otra manera, el psicólogo social, como ciudadano y profesional, no puede vivir al margen del devenir histórico, social, político o económico del mundo que le rodea.

Además de esta desvinculación de la vida y realidad cotidiana existe, asimismo, un no menor y grave mutuo desconocimiento entre los profesionales de esta materia. Se trabaja de una manera deslabazada, inconexa, sin tener muy en cuenta lo que se ha hecho e investigado al respecto, lo que tiene como consecuencia el que «si bien (la psicología social) posee un enorme caudal de conocimientos descubiertos por personas de indudable capacidad técnica, está totalmente fragmentada, sin relación aparente entre las múltiples facetas que la componen» (Varela, 1975, p. 242). Los estudios sobre la conformidad ofrecen uno de los ejemplos más suculentos. Sherif, Asch, Crutchfield, Jahoda, Willis, Deutsch y Gerard, Kelman, Milgram, etc., han venido elaborando una serie de modelos explicativos de este fenómeno en los que brilla por su ausencia una mínima línea de coherencia o convergencia teórica. Cada uno ha desarrollado su idea, ha montado su experimento y ha demostrado sus hipótesis, sin tener apenas en cuenta lo anteriormente realizado.

Cuando Newcomb intenta especificar y concretar los problemas de la investigación psicosocial, pone de manifiesto esta inconexión y deslabazamiento de conceptos, teorías y métodos achacable, sobre todo, a la interdisciplinariedad de esta materia. «Arrastramos una amplia y sólo vagamente integrada variedad de conceptos. Nuestras fuentes son tan diversas como para abarcar el diván psicoanalítico, el laboratorio, el campo de deportes, la fábrica, la comunidad y la muestra al azar de adultos de una sociedad global» (Newcomb, 1978, p. 21).

El modelo americano

Una de las razones que han intervenido en el olvido que ha mostrado la psicología social en relación con los problemas más candentes de los diversos sistemas socioculturales, es el haberse desarrollado, teórica y metodológicamente, en un contexto muy concreto y en excesiva relación, por no decir

dependencia, de sus peculiaridades. Aunque pueda parecer superfluo, hemos de volver a repetir que la psicología social se desarrolló en Estados Unidos. Lo que ya no se nos antoja tan superfluo es poner en duda la validez aplicativa de los modelos norteamericanos a sociedades, hombres y comportamientos sociales que se alejen de su modo de sentir, vivir y obrar. Me adhiero, vital y experimentalmente, a Moscovici (1972, p. 18), cuando confiesa sus dificultades de comprensión de la teoría de Tribaut y Kelley, viniendo a concluir que «cuando leemos los autores norteamericanos e intentamos entenderlos y asimilar sus principios, muy a menudo, debemos concluir que nos son extraños, que nuestra experiencia no concuerda con la de ellos, que nuestra visión del mundo, de la realidad y de la historia es diferente».

En modo alguno pretendemos, ni somos quienes para ello, hacer un juicio de valor sobre la psicología social norteamericana, y si lo hiciéramos, no quepa la menor duda que sería hartamente elogioso y positivo. Esto no obsta, sin embargo, para que creamos ver en la dependencia de los modelos explicativos originados y desarrollados en este contexto, una de las más poderosas razones de su inadecuación a situaciones diferentes y de la considerable falta de relevancia que dicha dependencia ha venido acarreado.

A la hora de enfrentarse a la explicación de los fenómenos de orden social, el modelo norteamericano no ha tenido en cuenta ciertas variables que pudieran ser de decisiva importancia en cualquier otro contexto. A este respecto, nos cabría seriamente la duda de si nuestro sistema interactivo puede ser explicado de una manera congruente y cabal en base a un modelo tan típicamente norteamericano como el de la «Payoff Matrix» de Thibaut y Kelley; de si nuestras conductas de conformidad, habida cuenta de ciertos factores de orden político y religioso que nos han sido característicos, caben en las teorías de Asch, Milgram o Willis; de si los fenómenos de atracción interpersonal, en un ambiente de represión emocional y sexual, se dan tan sólo por tendencias a la semejanza o complementaridad; si, contando con el analfabetismo o semi-analfabetismo todavía existente, con el manejo y manipulación de los medios de comunicación, y con la influencia religiosa, la dinámica de origen, desarrollo y cambio actitudinal tiene cabida en las teorías clásicas al respecto; si nuestros motivos de logro, afiliación o altruismo, tendrían algo que ver con las explicaciones que de ellos hacen los manuales. Buena parte de la teoría de la socialización, especialmente aquella acerca de la dicotomía de modelos empleados diferencialmente en las clases baja y media, tiene muy poco que ver con nuestra realidad, y la experiencia confirma que las teorías referentes a los modelos de socialización de la clase baja, desarrolladas principalmente en Estados Unidos durante la década de los cincuenta y en Alemania a partir de finales de los sesenta, son difícilmente aplicables a nuestro contexto, donde la dicotomía campo-ciudad ha venido siendo mucho más decisiva que la misma pertenencia de

clase. El niño pobre campesino español ha tenido y tiene muy poco que vez con el niño proletario de Francfort o Chicago.

Muy característica, asimismo, el modelo en cuestión, ha sido una desordenada prisa por resultados inmediatos, de fácil consumo y relacionados con aspectos excesivamente concretos de la problemática general. «Otra desventaja... que en la actualidad perjudica a la psicología social es su desarrollo excesivamente rápido» (Newcomb, 1978, p. 22). La falta de profundidad, tranquilidad y madurez que caracteriza algunas de estas teorías, no es más que uno de los más típicos adimentos del «American Way of Life», pragmático, superficial, fácilmente digerible e inmediatamente aplicable. Esta precipitación productiva ha sido una de las principales causas de la crisis de confianza en la psicología social (Elms, 1975) que condujo, inevitablemente, a un sinnúmero de publicaciones sin excesivo sentido ni originalidad, de muy fácil lectura y comprensión, intentando hacer bueno para la psicología aquello de que el mejor y el más potente es el que más produce y consume, de tan profunda raigambre en la ideología norteamericana.

Gerardo Marin (1978, p. 1) se ha pronunciado inequívocamente en este sentido al manifestar que «una pregunta básica dentro de esta crisis es si los datos obtenidos por lo general en un solo país, pueden constituir principios generales de la conducta social del ser humano», añadiendo, unas páginas más adelante, que, si bien algunos modelos norteamericanos han tenido un relativo éxito en Latinoamérica, «la mayoría han demostrado ciertos problemas en su generalización», y esto, según la más común y generalizada opinión, se debe a la dificultad de aplicar modelos nacidos en una realidad social en la explicación del sociocomportamiento de otra realidad distinta, cuyos componentes de orden cultural y social nada tienen en común con los que son propios del contexto en que tal modelo se originó.

El consejo de Moscovici a los psicólogos sociales europeos es suficientemente explícito: tenemos que volver a nuestros orígenes, a nuestras realidades, a nuestra historia. Únicamente desde allí seremos capaces de crear una psicología social científica.

Intimamente unida a esta dificultad explicativa de fenómenos acaecidos fuera del contexto-cuna del modelo, está un segundo aspecto de vinculación económica y política de la psicología social que ha venido haciendo de esta disciplina, no única pero sí especialmente relevante, en aquellos aspectos que ayudaran, o, al menos, no pusieran en entredicho el *statu quo* reinante.

Desde hace tiempo (Campbell, 1969; Brewster, 1973; Moscovici, 1972; Hollander, 1975; Goodwin, 1971, entre otros), se ha intentado poner sobre aviso al psicólogo del peligro de manipulación sociopolítica a que pueden estar expuestas sus investigaciones.

Si echamos una ojeada a la reciente historia de la psicología social, no se necesita una perspicacia especial para observar con Moscovici (1972, p. 24) que «las necesidades del mercado y de la industria han suministrado los

fondos para la mayoría de las investigaciones que se realizan en la actualidad», lo cual tiene como lógica y natural consecuencia el que dichas investigaciones se usen para el provecho y desarrollo económico de quienes las hayan financiado. Existen, además, experimentadores «cuyas convicciones políticas necesitan un resultado favorable, sea correcto o falso» (Campbell, 1969, p. 414), *managers*, que, indiferentes al rigor metodológico, necesitan resultados favorables a su empresa o programa, lo cual hace pensar a Goodwin (1971, página 441), que «mientras los equipos de investigación social estén completamente en manos ajenas al investigador y no posean una financiación independiente, no va a ser fácil que podamos contar con investigaciones relevantes y científicamente puras».

La psicología social, no nos quepa la menor duda, no se ha escapado a este posible manejo, al menos en la importancia que se le ha dado a ciertos temas en detrimento de otros, a la valoración que de unos y otros se ha hecho, a la perspectiva de enfoque en su estudio, y a la consideración de ciertos temas como «no científicos» en base a lo problemático que pudiera resultar su conocimiento y desenmascaramiento. Dentro, por ejemplo, de la problemática grupal «el tema central de investigación es la eficiencia en el trabajo y funcionamiento del grupo en un contexto social determinado» (Moscovici, 1972, p. 24), sin olvidar la importancia que, dentro de este tema, se ha venido dando a la tarea, la meta, la conformidad y a la figura del líder como aquel individuo capaz de llevar al grupo al fiel cumplimiento de sus fines.

Para demostrar las vinculaciones que ha tenido la experimentación psicosocial, Hollander (1975) echa mano de los trabajos llevados a cabo en torno a la conformidad en el seno de esta disciplina, para poner de manifiesto que ha habido una valoración muy positiva de este fenómeno juzgándose, a la par, de manera más bien negativa, sus antónimos: independencia y anti-conformidad. La teoría y práctica experimental acerca de este tópico, ha ido dirigida a su aprobación y apoyo incondicional. «La preocupación que la psicología social experimental ha venido mostrando con la conformidad, reduce la no-conformidad a una categoría residual, y la independencia a algo incluso más difusamente definido» (Hollander, 1975, p. 58). Si a esto añadimos una caprichosa definición de «lo científico», es decir, de lo que merece la pena ser objeto de atención y estudio, y aquello otro «no-serio», «no-académico» o «no-científico», nos encontramos con un panorama perfectamente abonado para el nacimiento y desarrollo de una disciplina que, por estar excesivamente vinculada, no sólo a una realidad social, sino, y muy especialmente, a ciertos ámbitos dentro de ella, ha tenido y sigue teniendo muy poca repercusión y relevancia social y posee serios inconvenientes en su aplicabilidad transcultural.

Ideas para una doble alternativa

Una cosa aparece con meridiana nitidez cuando escudriñamos los entresijos de la investigación psicosocial, y es que se pretende explicar y analizar la realidad social y la calle sin salir del despacho universitario o a través de las cuatro paredes de un laboratorio. Falla indudablemente eso que Schutz llamaba «reciprocidad de perspectivas», el ser conscientes de que la sierra de Guadarrama posee una distinta configuración morfológica y cromática para abulenses y madrileños, y que, cuando unos y otros hablen de ella estarán diciendo cosas muy ciertas a la vez que distintas sobre el mismo objeto. Si así sucede en el ámbito físico, con muy sobrada razón tendríamos quizá que esperarlo del acontecer social, cuyos eventos están, por definición, sujetos a un continuo cambio.

No se ha caracterizado precisamente la psicología social por su flexibilidad de perspectivas, opciones y argumentaciones en torno a los condicionamientos, causas e interrelaciones de la conducta social, en parte, porque «la inmensa mayoría de los argumentos, juicios y tópicos de investigación usados reflejan los valores de la clase media de los que la mayoría de los psicólogos sociales todavía no se ha liberado» (Moscovici, 1972, p. 64), es decir, porque mira, explica, entiende e investiga distintas realidades sociales desde una perspectiva posicional única que está, por otra parte, bastante alejada de la dinámica real y cotidiana del hombre de la calle.

No se entienda que estas ideas sobre la necesidad de una nueva alternativa conllevan un borrón y cuenta nueva a nivel metodológico-experimental. La investigación y experimentación psicosociales, no sólo son necesarias, sino absolutamente imprescindibles para el cabal funcionamiento de nuestra disciplina, pero no podemos seguir confundiendo niveles de realidad (natural-artificial; real-irreal) o intentar explicar cualquiera de ellas con criterios propios de otra. Debemos remozar los conceptos de «lo científico» y lo «no-científico» a la hora de la elección de temas de estudio, e intentar analizar nuestra realidad desde nuestra propia perspectiva, siendo también perfectamente conscientes de que, desde la perspectiva y posición del otro, aparecerá con unos contornos y características diferentes.

Estamos aferrados a una ideología metodológica un tanto caduca y periclitada a falta de alternativas más eficientes, e intentamos reforzarla con adimentos científicos para disimular nuestra falta de originalidad y justificar, en lo posible, nuestra impotencia creativa. Cuando nos enfrentamos al manejo y aplicación de escalas o *tests* de cualquier tipo, nos obsesiona el hecho de saber que los resultados que con ellos podemos obtener varían, más o menos considerablemente, en función de quién sea el administrador (sexo, edad, pertenencia étnico-racial, etc.); de qué guisa se aderece personalmente en cuanto a la vestimenta y demás accesorios, y de cómo sean sus modales exteriores. En la situación experimental de laboratorio, el sujeto propende,

por el mero hecho de su participación voluntaria, el asentimiento, a la vez que el experimentador está comunicando no-verbalmente qué es lo que quiere y espera del sujeto, según la ya conocida explicación de Rosenthal, con lo cual ya no sabemos si su respuesta es debida al estímulo o situación experimental propiamente dicha o a otras variables que, como las mencionadas, escapan al posible control. El caballo del señor Van Osten, mundialmente famoso hacia primeros de siglo, no sabía sumar, ni restar, simplemente comenzaba y dejaba de golpear el suelo con su casco ante sendos movimientos, apenas perceptibles, de la cabeza de su amo.

La alternativa metodológica tiene, pues, como primer eslabón, la conciencia y aceptación de un supuesto elemental y propio de nuestro acervo de sentido común, y es que las manifestaciones socio-comportamentales no ocurren en el vacío, sino de un amplio contexto de coordenadas socio-biográficas que las enmarcan, las definen y las conceden una entidad, significado y sustantividad propias. Una vez que hemos pasado de una psicología bipolar (sujeto-objeto, estímulo-respuesta) a una tridimensional (sujeto-alter-objeto), «lo social» aflora como la contingencia máxima del comportamiento humano. El hombre solo, aislado, con su introspección a cuestas como único medio de auto y hetero-conocimiento, deja paso al individuo en interacción, en continua relación e intercambio, siendo esta última su situación normal y natural, porque «el individuo solo no es de hecho más que un individuo aislado, destronado, cortado de la relación con los otros, para decirlo de una vez, una abstracción» (Moscovici y Ricateau, 1975, p. 186). Difícilmente, pues, podremos llegar a un entendimiento objetivo y cabal del comportamiento, si prescindimos de las instancias de influencia.

La labor del psicólogo social debería estar dirigida, en primera instancia, a un sistematizado escudriñamiento de los componentes de esta instancia-marco del comportamiento. Esto tiene una traducción en el análisis de motivos, necesidades, expectativas y modelos normativos y valorativos que están en la base de cualquier manifestación comportamental, única manera de salvaguardar su significado y entidad real. Si queremos, a modo de ejemplo, estudiar la conducta lingüística de un grupo de adolescentes de cualquier barrio periférico de Madrid, podemos acercarnos a ellos con un *test* de fluidez verbal bajo el brazo y en un par de días llegar a una conclusión fácil de adivinar: pobreza lingüística, deprivación cultural, deficiente estructuración gramatical, etc. Otra manera de enfocar el estudio, sería pasar un tiempo razonable en contacto con su realidad social cotidiana previa aplicación de cualquier prueba, analizando a qué se dedican, qué aspiraciones tienen, en qué emplean su tiempo libre, cuáles son sus actividades más usuales, cómo viven, etc. Los resultados obtenidos tras esta incursión en su mundo no nos hablarían de pobreza, ni de deficiencia, sino simple y llanamente de una realidad social muy concreta que posee unas peculiares estrategias lingüísticas de ser compartida y transmitida y que es tan buena como cualquier otra.

Ambos procedimientos pueden ser utilizados en el estudio de cualquier aspecto del comportamiento social; el segundo, sin embargo, nos parece la estrategia de investigación psicosocial más adecuada y una verdadera alternativa, habida cuenta de que «los psicólogos sociales no han prestado demasiada atención a los condicionamientos situacionales de la conducta social. Afortunadamente este cambio es el resultado del creciente interés que viene despertando el estudio de la conducta en situaciones naturales y la psicología ambiental» (Argyle, 1979, p. 11).

Estas primeras ideas nos acercan a un importante movimiento sociológico originado en la fenomenología de Husserl, directamente trabajado por uno de sus discípulos y colaboradores (Alfred Schütz) y representado en nuestros días por la etnometodología, cuya principal obsesión es la vuelta a la observación, descripción e interpretación de las actividades cotidianas del hombre de la calle, a nuestra vida, lenguaje, alegrías y desencantos diarios, metodología que ha tenido en Goffman un digno y poco emulado representante.

Se trata de la revalorización científica de lo obvio y lo conocido, de la vuelta al estudio de aquellos aspectos de la conducta que, por aburridamente repetidos, forman parte de nuestra familiaridad irracional. Se trata, en definitiva, de plantarle cara a la actividad más común, a aquella de la que participamos de continuo, desmitificando y desacralizando el concepto de «científico» como algo que infunde temor, pudibundez y admiración. A Carlos Swann, entrañable creación de Proust, notable historiador y celebrado crítico de arte, espiar al pie de una ventana, sobornar a los criados, escuchar detrás de las puertas y sonsacar a los amigos en relación con las actividades de su amada, le llegaron a parecer métodos de investigación científica de tan alto valor intelectual y tan apropiadas al descubrimiento de la verdad como descifrar textos, comparar testimonios e interpretar monumentos, casi al tiempo que Norbert Elias, uno de los más honorables padres de la sociología europea contemporánea, hacía de los modales en la mesa, del sonarse la nariz y de las tipologías de comportamiento en la sala de dormir, sus primeros objetos de preocupación e investigación sociológica.

«La finalidad de las ciencias sociales es la explicación de la realidad social tal como la experimenta el hombre que vive cotidianamente dentro del mundo social» (Schütz, 1974, p. 60), para lo cual es necesaria la adopción de una «actitud científica» que suplante la «actitud biográfica», es decir, asumir la reciprocidad de perspectivas saliéndose de la propia posición (biografía) «para abordar de manera objetiva el sentido subjetivo de la acción humana» (Schütz, 1974, p. 67), salvaguardando siempre unos requisitos de coherencia lógica.

Lo que de la etnometodología nos puede ser útil es su preocupación por el análisis de la estructura de las acciones cotidianas, cuya puesta a punto pasa por el dominio y aceptación del lenguaje natural, tal cual es utilizado

en la vida diaria por el hombre de la calle, ya que «el hecho de que el lenguaje natural pueda servir al sociólogo de excusa, objeto y medio de investigación, concede a sus métodos y a su esquema de pensamiento una excusa, un objeto y medio de trabajo» (Garfinkel y Sack, 1976, p. 130).

Como quiera que esta técnica descriptiva puede conducir a lo anecdótico y periodístico, Forgas (1979, p. 284) insta al uso de escalas multidimensionales, toda vez que «este tipo de técnicas pueden abrir nuevos cauces de investigación y permiten al investigador la representación cuantitativa de fenómenos inaccesibles por otros medios».

La vuelta a la rutina de la vida diaria, a la consideración de los comportamientos sociales más usuales, y, por ende, más típicos, pasa obligadamente, no por la supresión, pero sí, al menos, por la desmitificación del laboratorio y viene a ser consecuencia «de la creciente desilusión del método experimental como medio de conocimiento en psicología social, y, en parte, es señal de que el conocimiento producido a través de este método es irrelevante para los problemas de hoy en día» (Backman, 1979, p. 289).

La alternativa metodológica rompe decididamente con el estudio experimental en situaciones de manipulación y control como procedimiento básico y único de investigación, e incluye como contrapartida técnicas autobiográficas, análisis del juego del rol y de las secuencias, situaciones y episodios interactivos acaecidos en la vida cotidiana. Asistimos, pues, al desarrollo de un nuevo paradigma que «incluye la concepción del hombre como agente activo, el énfasis en el significado de los eventos y escenarios de la conducta social, y una concepción de la ciencia en la que la finalidad de una psicología social científica es la generación y verificación de modelos de la estructura interactiva» (Backman, 1979, p. 301), una especie de mezcla de interaccionismo simbólico y etnometodología que tiene como primer e indiscutible paso el análisis y comprensión de esa entidad macro-social que hemos denominado realidad social.

Una segunda y concomitante estrategia alternativa sería la temática, el dar paso al tratamiento psicosocial de una nada despreciable, cualitativa y cuantitativamente hablando, serie de fenómenos que ha desbordado la teoría e investigación psicosocial. Su concomitancia con la primera es fácilmente previsible, desde el momento en que esta nueva temática sería difícilmente reducible a los métodos tradicionales, razón ésta de decisiva influencia en el olvido a que han estado sujetos la mayoría de estos temas. Nuevos fenómenos necesitan nuevas estrategias de acercamiento, y si la psicología social todavía no ha iniciado un estudio sistemático de ellos, no se debe sólo a su desconocimiento, ni tan sólo a su escasa valoración, sino a la ausencia de metodologías que auguraran un mínimo de éxito.

Es ciertamente preocupante, por ejemplo, el hecho de que los 1.255 artículos sobre psicología social publicados durante 1976 y 1977 y recopilados en el *Personality and Social Psychology Bulletin*, muestren una continua-

da y poco original repetición de temas tradicionales, sin que se observe una clara preocupación por la problemática actual. Pocas son las excepciones, entre las que el *Journal of Social Issues* merece destacada mención. Desde los años cuarenta esta publicación trimestral ha venido haciéndose fiel eco de los más candentes temas de actualidad. Durante la recién expirada década no han faltado monografías sobre la actuación policial en los barrios, derechos humanos, minorías etno-raciales, movimiento gay, conducta sexual, combatientes de Vietnam, justicia social, etc., problemática cuyo tratamiento apenas ha aparecido en el abundantísimo resto de publicaciones psicosociales.

Quienes profesionalmente nos dedicamos a la enseñanza e investigación de esta disciplina, estamos muy acostumbrados a escuchar, año tras año y teoría tras teoría, la misma réplica: «Todo esto está muy bien, muy claro. Es, incluso, interesante y curioso, pero ¿para qué nos sirve?»

Cada día aparece con más claridad que las explicaciones que de la conducta social damos en el aula universitaria están, en buena parte, desvinculadas de la realidad social que nos toca vivir y que apenas hay ideas que sirvan para explicarla y entenderla. Cuando, precisamente, la enseñanza de nuestra asignatura debiera hacerse en plena calle, no solamente nos recluimos, sino que, además, pretendemos explicar cómo nos comportamos aquí y ahora echando mano de esquemas importados de otros mundos sociales bastantes ajenos y alejados del nuestro.

Esta es la razón que nos mueve a intentar exponer, siquiera sucintamente, algunas ideas, que no soluciones, sobre la psicología social aplicada a nuestro contexto, haciendo especial hincapié en la alternativa temática, pero tomando como punto de partida la idea-madre de la alternativa metodológica: el estudio, comprensión y entendimiento de las características e idiosincrasias de la realidad social en que cualquier manifestación socio-comportamental tenga lugar.

LA PSICOLOGIA SOCIAL APLICADA A LA REALIDAD ESPAÑOLA

Coordenada socio-cognitiva

La crisis de la psicología social en España alcanza unos niveles mucho más profundos que los apuntados, en líneas muy generales, en la primera parte de este trabajo. Se trataría, no ya de una crisis metodológica, ni siquiera de un reduccionismo o pobreza de perspectivas, sino de casi una verdadera crisis existencial, desde el momento en que no existe un cuerpo coherente de ideas o conceptos nacidos de las características de nuestra realidad socio-cultural, ni una metodología de investigación adecuada a ella.

Desde el punto de vista histórico ⁴, la etapa que va desde la guerra civil hasta 1975 manifiesta un tratamiento específico de temas psicosociales que abarcan problemas de condicionamiento social, carácter nacional y personalidad básica, comunicación de masas, familia y socialización, actitudes, estereotipos y prejuicios, propaganda y publicidad, estudio de los grupos y conducta colectiva. En líneas generales y, pese a que en relación con las contribuciones teóricas «es inútil buscar un cuerpo teórico sistemático acerca de nuestra disciplina en los autores de la posguerra... No obstante, hay diversas muestras de que los problemas teóricos, desde luego más propios de la sociología que de la psicología social, atraeron prontamente la atención de nuestros intelectuales» (Jiménez Burillo, 1976, p. 251).

A nuestro modesto entender, la psicología social española tendría que ir despojándose de su total dependencia norteamericana ⁵ y desarrollar unos modos y maneras de entender, explicar y analizar el comportamiento social de acuerdo con algunas características cuya consideración se nos ocurre como imprescindible. En primer lugar, cualquiera que se adentre en los intrínquilos de nuestras manifestaciones comportamentales, no ha de perder de vista que estamos incluidos en una macrocultura europea descendiente de unos modos milenarios de hacer, sentir y, sobre todo, pensar que influyen, de manera nada superficial, en nuestra visión del mundo.

Las relaciones entre cultura y pensamiento, lenguaje-percepción y estructura cognitiva, lenguaje-percepción y estructura geográfica, lenguaje y conducta social, han constituido temas de tradicional interés y relevancia en lingüística, antropología social, sociolingüística y psicología.

Franz Boas (1911) habla de un inconsciente cognitivo derivado de la estructura sintáctica del lenguaje. Sapir y Whorf, especialmente este último, defendieron la primacía absoluta del lenguaje en su relación con el pensamiento y el orden cognitivo. «El sistema lingüístico, es decir, la gramática de cada idioma, no es solamente un instrumento reproductivo del pensamiento, sino que más bien forma el mismo pensamiento y es el esquema conductor de la actitud vital del individuo en el análisis de sus experiencias. Desglosamos la naturaleza en base a unas líneas y esquemas que nos han sido transmitidos a través de nuestro idioma materno» (Whorf, 1952, p. 5). Por su

⁴ Para una información más detallada sobre la historia de la Psicología Social en España, remitimos al lector al trabajo de Jiménez Burillo (1976).

⁵ Por parte de la Psicología Social europea se han dado muestras inequívocas (Holzkamp, 1972; Israel y Tajfel, 1972; Hiebsch y Vorweg, 1976; etc.) de desprendimiento de los modelos norteamericanos. Los psicólogos sociales latinoamericanos han venido también haciéndose eco de la necesidad de crear una línea científica de trabajo en relación con las características y necesidades de cada uno de los países, según se puso de manifiesto en el Encuentro Latinoamericano de Psicología Social celebrado en Bogotá (septiembre 1973). Los dos volúmenes editados por Gerardo Marín (1975 el primero; en prensa el segundo) pueden ser considerados como una manifestación fehaciente y palpable del inicio de una auténtica Psicología Social Latinoamericana.

parte French (1956), en un trabajo sobre las categorías que los Wasco utilizaban en la concepción y división del universo, llegó a hablar de «native categories of thought». Piaget y Wygotsky, desde perspectivas teóricas bien diferenciadas y, en nuestra opinión, perfectamente reconciliables, abundaron sobrada y decisivamente en los orígenes y relaciones entre lenguaje y pensamiento, llegando a hacer de éste uno de los temas más polémicamente productivos en psicología. En la actualidad parece existir un relativo consenso entre las diversas ramas del quehacer psicológico en lo que respecta a la importancia de los procesos centrales (ideas, cogniciones, percepciones, opiniones, etc.) en la explicación del comportamiento humano.

Lo que no se debiera perder de vista, en este sentido, es que el entramado cognitivo proviene, en línea directa, de la socio-cultura y, muy especialmente, de su sistema simbólico-lingüístico. Entre el lenguaje y la estructura cognitiva existe una estrecha relación que, en contra de lo mantenido por algunas teorías, no tiene por qué ser de dependencia o causalidad, sino de mutua complementariedad como elementos que son llamados a formar parte de una super-entidad que los engloba de manera perfectamente coherente.

En nuestra disciplina, la perspectiva cognitiva cuenta con clásicas aportaciones (Festinger, 1957; Heider, 1958). Desgraciadamente, sobre todo en lo que respecta a la teoría de Festinger, no se llegó al deseable aprovechamiento de su sustrato teórico, y lo que pudo ser el comienzo y punto de partida de una gran corriente psicosocial, se convirtió, por una especie de miopía de los contemporáneos (Moscovici, 1972), en una aportación más, no siempre bien entendida y, algunas veces, incomprensiblemente silenciada.

Lo que realmente nos parece interesante y novedoso en Festinger (1957, p. 3) es el hecho de que «la existencia de relaciones congruentes entre las cogniciones, sea un factor motivante en sí», y, como tal, un elemento en la misma base del comportamiento cuya finalidad y tendencia principal sería la salvaguarda de una armónica convivencia de cada una de las cogniciones que componen nuestros procesos centrales que ha desencadenado un nada despreciable movimiento especialmente dirigido al estudio del desarrollo de la cognición social (Shantz, 1975; Glick y Clarke-Stewart, 1978) y que ha tenido alguna de sus más recientes manifestaciones en los trabajos de Manis (1977) sobre la psicología social cognitiva, en la dedicación del «Nebraska Symposium on Motivation» del año 1977 al tema de la cognición social (Howe, 1978), y en el muy reciente de Eiser (1980), quien, bajo el sugestivo título de «Psicología social cognitiva», intenta desarrollar una concepción del individuo como procesador activo de información cuya interpretación va a depender, tanto de los atributos del estímulo como de las expectativas y modelos de comparación del sujeto y que va a tener como finalidad la organización de la experiencia en vistas a servir de guía para la acción y base para la predicción.

La comprensión de los modos de ver, sentir, pensar y esperar acerca de los otros, de nosotros mismos y del ambiente que nos rodea, la dinámica de su desarrollo y puesta en práctica conductual, debe ser uno de los puntos de partida de cualquier intento de acercamiento a las manifestaciones comportamentales. Ciertamente un punto de partida amplio, flexible y general, pero nada desdeñable y frecuentemente olvidado en la investigación psicológica en general y, muy especialmente, en la psicosocial. En realidad podemos traducir a este contexto uno de los principios básicos del interaccionismo simbólico en el sentido de que difícilmente podré entender una sociedad o una cultura y, mucho menos, podré desentrañar sus características socio-comportamentales, si no sé o no puedo meterme dentro de ella, aceptar sus perspectivas. Cada realidad social tiene un modo específico de ver y valorar los objetos que la componen, unos mecanismos lingüísticos y paralingüísticos de transmitirlos y un sistema ideológico, normativo y valorativo que los soporta, los justifica y los continúa. El pretender un uso y aplicación indiscriminados de conceptos y métodos, supone, implícitamente, la creencia en una semejanza de sistemas cognitivos, y ésta, a su vez, de los elementos lingüístico-simbólicos que están en su base. Es decir, pensar que «inteligencia», «personalidad» o «democracia», son conceptos transcultural y transhistóricamente idénticos en cuanto a sus acepciones y connotaciones, y que, por ende, pueden ser medidos y aprehendidos con los mismos instrumentos, es negar la existencia de pueblos, sociedades, significados, connotaciones, idiomas diferentes, lo que sería, desde nuestra perspectiva, inaceptable. Si nos acercamos al estudio de nuestra realidad social, hemos de hacerlo desde los esquemas cognitivos a ella inherentes. A partir de ahí tendremos que construir nuestros esquemas conceptuales y de allí, también, deberán salir las teorías que intenten aprehenderla y darle un orden explicativo.

Es posible que haya teorías, conceptos, ideas y definiciones extraídas de otras realidades sociales que nos sirvan; es necesario, sin embargo, usar un filtro de adopción o rechazo y éste ha de ser el esquema cognitivo. Posiblemente no debamos seguir asumiendo indiscriminadamente conceptos y teorías nacidas en una realidad social diferente para intentar explicar la nuestra. Dentro de esta primera coordenada, la existencia de sistemas lingüístico-simbólicos diferentes en nuestro país, supone, de entrada, la aceptación de una problemática psico-socio-lingüística (problemas de bilingüismo y diglosia, política y planificación lingüística, conflictos lingüístico-sociales, trastornos del lenguaje, socialización bilingüe, etc.). En definitiva, «la existencia de varias comunidades lingüísticas en el marco de un Estado, plantea cuestiones de gran dificultad que requieren soluciones complejas» (Ninyoles, 1975, p. 149) para las que, sepamos, no se cuenta con una mínima preparación de prospectiva ni de infraestructura.

Nos encontramos en un Estado multilingüe e, indudable y consecuente-

mente, multiétnico, características de imprescindible mención y relevancia en la dinámica psicosocial hispana.

Perfectamente aplicable a nuestra realidad sería, pues, una psicología social del lenguaje, al considerar este hecho no ya como un mecanismo e instrumento de comunicación y transmisión, sino como una manifestación que posee una entidad conductual propia y eminentemente psicosocial debido a sus orígenes y finalidad.

La importancia del estudio lingüístico en nuestra sociedad se nos antoja como de gran importancia por diversas razones. En primer lugar, porque la existencia de diferentes maneras de comportarse lingüísticamente, conlleva realidades y estructuras cognitivas, en algún orden, divergentes, es decir, no sólo formas específicas de expresar y transmitir la realidad social, sino de estar y actuar frente a ella, lo cual fue siempre muy tenido en cuenta por regímenes autocráticos al prohibir el empleo y uso de cualquier idioma que no fuera el oficial. En segundo lugar, un idioma es sus hablantes y las características y connotaciones que a aquél se le achacan van directamente dirigidas a sus usuarios. El idioma es, también, un signo de identidad cultural, política y de clase. Así, mientras la burguesía catalana ha constituido un punto clave en el mantenimiento de su idioma, el gallego quedó reducido al uso de campesinos y labriegos y el vascuence ha incrementado considerablemente sus manifestaciones al compás de la autonomía política. Entre los «chicanos», el uso del «pocho» suele ser indicador de clara concienciación política anti-angloamericana, etc.

Coordenada socio-económica

En segundo lugar, e intentando reducir un poco más el campo de perspectivas socio-temporales, no sería baldío tener en cuenta que, desde el punto de vista socio-económico, nos encontramos en una etapa y situación muy concreta incluida en la categoría de «en vías de desarrollo». Se nos ocurre como de importancia este hecho porque el paso de una sociedad eminentemente agrícola a un modelo industrial, lleva consigo toda una serie de acomodaciones normativas, valorativas y comportamentales de indudable importancia para el psicólogo social.

El interés por el estudio de los procesos de cambio social, característicos de los países en desarrollo, ha tenido cumplida representación en psicología social a través de la Conferencia de Ibadán (diciembre 1966-enero 1967), y, a niveles más teóricos, pero no por eso menos representativos, en la monografía que el *Journal of Social Issues* (1968) dedicó a la investigación psicosocial en los países incluidos bajo esta denominación.

La Conferencia de Ibadán (organizada, entre otros, por Herbert Kelman y Henri Tajfel) tenía una doble finalidad: la promoción de la investigación

psicosocial en aquellos países en proceso de cambio social, y el desarrollo de una colaboración, coordinación y toma de contacto internacional de los profesionales de esta disciplina. «La necesidad y el impacto del cambio social, supone un cambio radical para la psicología social y disciplinas adyacentes. Para los científicos sociales pertenecientes a los países en desarrollo, la realidad creada por los factores intervinientes en el cambio son de capital importancia ya que influyen, de manera poderosa, en el bienestar de sus respectivas sociedades» (Kelman, 1968, pp. 14-15).

Desde la sociología aplicada a un problema específico de nuestra realidad (la desviación y la delincuencia), Garmendia (1974) hace descansar todo su análisis en los procesos de cambio que conlleva el paso de modelos agrícolas a la industrialización y en los consiguientes conflictos que todo proceso de cambio lleva implícitos.

Los cambios de población, con el consiguiente proceso de urbanización fruto de la necesidad de dar cobijo a millones de personas que abandonaron el campo en busca de los deleites del capital o de la mera supervivencia, y el cambio en la estructura social y en los criterios de acceso a las diversas posiciones dentro de ella, suponen dos puntos de referencia básicos en cualquier análisis, sea sociológico o psicosocial, que de nuestro momento actual se pretenda llevar a cabo.

Sinha (1976), uno de los representantes de la psicología social hindú, viene a reincidir en la mención de una buena parte de la problemática aquí mencionada. La marginación, el alcoholismo, el aumento en la tasa de suicidios, la alienación, los tumultos y otras formas de desorganización social, el desarrollo de nuevas formas de discriminación en función del nuevo orden económico, la migración y el abandono del campo, el anonimato e impersonalismo de la vida en los grandes núcleos de población, serían, entre otros, algunos de los problemas nacidos al socaire del cambio socio-económico. Cuando el autor revisa con cierto detalle los temas que han ocupado el quehacer de los psicólogos sociales en la India y Africa, llega a la conclusión de que el interés mostrado ha abarcado «problemas de modernización, facetas motivacionales del desarrollo económico, procesos de socialización y carácter nacional, comunicación y difusión de innovaciones en especial aquellas relacionadas con el control de la población y la adopción de métodos científicos a la agricultura, procesos de liderazgo, educación y creatividad, cambios en la estructura social, problemas de prejuicio e identidad nacional, desasosiego juvenil y la adopción de la tecnología psicológica europea y norteamericana» (Sinha, 1976, p. 2).

Doob (1968, pp. 73 y ss.) formula, de manera más sistemática y concreta, los principios fundamentales de la investigación psicosocial en este contexto de cambio.

El mayor servicio que la psicología social puede hacer a la investigación transcultural, es el establecimiento de los procesos internos que *mediatizan*

las secuencias averiguadas empíricamente y que tendrían mucho que ver con las características socio-culturales de las que repetidamente nos hemos venido haciendo eco, y de las que derivaría el complejo cognitivo como base en la explicación de cualquier secuencia comportamental.

Esta explicación puede hacerse, bien en base a un esquema funcional a-histórico, o, por el contrario, teniendo como uno de los puntos de referencia la dinámica histórica de los acontecimientos sujetos a estudio. La elección de una u otra modalidad (historicidad vs. a-historicidad) debería ser hecha en base a unos criterios de relevancia-irrelevancia de dichos eventos y éste es, precisamente, uno de los principales caballos de batalla de teorías y metodologías psicosociales que tienen algunos de sus representantes en Lewin y su teoría topológica (a-historicidad), y en Homans y representantes del aprendizaje social (historicidad).

Sea cualquiera la perspectiva utilizada, las inferencias relacionadas con los procesos de mediación, conducen a una serie de declaraciones sobre probabilidad, nunca sobre certeza (*Solipsismo*).

Habida cuenta de que las teorías psicosociales se han desarrollado en contextos socio-culturales muy concretos, se hace imprescindible el indagar las equivalencias (en caso de que existieran) entre los conceptos utilizados por los científicos de las diversas culturas y tener, por ende, muy en cuenta las variaciones a que están sujetos los objetos, significados y conceptos, etc., desde el momento en que forman parte de entramados culturales diferentes. En otras palabras, y ateniéndonos a la formulación de Doob, cada situación, persona, grupo y sociedad es única en muchos aspectos, conserva siempre una parte de *singularidad* limitadora de la generalización de los resultados en ella obtenidos.

Entre los diversos niveles de la realidad social, entre sus diversos objetos y componentes se establecen unas *relaciones dialécticas* cuya definición de orden causal se hace extremadamente difícil.

Para el establecimiento de cualquier tipo de ley general de causalidad nos encontramos, muy a menudo, ante el dilema *extensión-intensidad*. Bien podemos optar por un estudio, casi siempre superficial, del mayor número de individuos posible, o, por el contrario, reducimos la extensión de la muestra en beneficio de la intensidad y profundidad de su análisis. La mayoría de las investigaciones tienden a buscar un compromiso relacional entre el estudio intensivo con unas determinadas personas (muestra) y la población en general. Dichas relaciones, como dejamos constancia en la primera parte, están siendo puestas cada vez más en tela de juicio.

En esta situación emergente de nuevos problemas, se ha de ser moderadamente *oportuno*, siendo la importancia del tema, y no el protagonismo, el que defina y determine su elección.

Estas son, pues, las siete proposiciones que Doob pone a nuestra consi-

deración como especialmente relevantes en la investigación psicosocial de los países en desarrollo.

Los cambios en la jerarquía motivacional dentro de la cual el logro y el triunfo brillan con luz especialmente propias, en los esquemas de socialización y en el mundo actitudinal y valorativo que a ellos subyace, el cambio en las estructuras de poder, influencia y prestigio en base a la acumulación simbólica de riquezas, bienes y posesiones y la consiguiente reestructuración de los criterios de *status* en función de la posesión diferencial de estos mecanismos de poder socio-económico, serían algunos de los muchos temas de estudio que harían acto de presencia. «Los problemas relacionados con los países en desarrollo son numerosos y de importancia crítica. Estos problemas incluyen los de industrialización y desarrollo económico, el cambio de las instituciones sociales de corte tradicional que facilitan la modernización y ayudan a incrementar el porcentaje de ciudadanos con acceso a los mecanismos de educación como requisito para la consecución de roles prestigiosos en una sociedad en cambio» (Hofner y DeLamater, 1968, p. 1).

De entre todos los temas anteriormente mencionados, algunos se han presentado con una especial virulencia en nuestro contexto.

La lenta desaparición de la dicotomía campo-ciudad, de profunda raigambre socio-histórica, y el paso a unos modos más comunes y generalizados de ver la realidad y participar de ella, es uno de los elementos que está marcando, de manera inequívoca, parte de nuestra idiosincrasia comportamental.

Si «cada sistema societal genera un modelo específico de motivación y un esquema propio de valores que lo refuerza, lo sustenta y le da una continuidad» (Pareek, 1968, p. 116), se nos ocurre, como una de las primeras labores psicosociales en nuestro país, la explicitación del mapa socio-motivacional, el grado de asimilación e interiorización con que nuevos motivos han sido asumidos, así como la delimitación del sistema valorativo que los soporta y las posibles relaciones que ambos puedan tener con variables de orden socio-económico, ecológico-ambiental y evolutivo.

Quizá una de las características más llamativas de nuestra reciente historia de cambio social, haya sido el desfase existente entre la fácil adquisición de una serie de motivos, encarnados sobre todo en el logro y el consumo, y el débil sustrato cognitivo, ideológico y valorativo que los soporta. Las ciudades repletas de automóviles, las casas de electrodomésticos, las Universidades indiscriminadamente de estudiantes, etc., supone una nada alegre situación en una sociedad que, en buena parte, sigue rigiéndose por esquemas pre-industriales en lo que a su sustrato central se refiere. Esta falta de acomodación entre la asunción de un tipo determinado de comportamiento y un factor central que le sirva de soporte, supone una de las características más señaladas del socio-comportamiento hispano al que puede ser, en parte, aplicable aquello de que no hay nada tan horrible como una acción sin pensamiento, que escribiera Goethe.

De indudable interés nos parece, asimismo, el estudio del fenómeno migratorio y de la inmensa y variopinta problemática de que va acompañado ya que nace, precisamente, con este trance, mal ajustado y peor previsto, del esquema agrícola al industrial.

La existencia de 1.077.064 españoles emigrantes en Europa (Testa, 1977, p. 85) supone, sin lugar a dudas, un cúmulo de problemas y de situaciones, muchos de los cuales poseen una naturaleza típicamente psicosocial (Portes, 1973).

De entre todos ellos, el de la integración y adaptación, ocuparía, sociocronológicamente, el primer lugar. Habida cuenta de la ascendencia social del contingente migratorio español y de la motivación económicamente inmediata que les ha impulsado a abandonar el país de origen, la integración entendida como la adquisición de nuevas formas de hacer, vivir y obrar acordes con las peculiaridades del país de recepción, está fuera de contexto y de posibilidades reales. Se necesita, pues, una conceptualización de este fenómeno que atienda, de manera inequívoca, a las características y peculiaridades de nuestros emigrantes y en esta definición tendría un cometido nada superficial el psicólogo social hispano. No podemos conformarnos con las nociones de integración y adaptación dadas en los países de recepción. En primer lugar, porque no tienen para nada en cuenta las idiosincrasias socio-culturales de los distintos tipos de emigración, y, en segundo lugar, porque, de manera tácita y explícita, tratan de llevar el agua al propio molino, al pretender que la integración comience con la renuncia a lo irrenunciable: el idioma y la cultura maternas.

Un segundo gran núcleo de problemas lo constituyen los relacionados con los hijos de los emigrantes. De entre todas, dos nos parecen las necesidades más urgentes. En primer lugar, urge el estudio cuidadoso de las consecuencias que para el niño emigrante español tiene la discontinuidad lingüística de su proceso de socialización (familia en castellano, escuela en inglés, alemán, etc.) y que se han manifestado en un débil e inseguro desarrollo del yo acompañado de sentimientos de inferioridad (Hurst, 1974), en un logro escolar muy bajo (Blanco, 1978), en una tendencia a determinadas formas de marginación, susceptibilidad e inseguridad (Mahler, 1974).

La familia que, en situaciones normales, actúa como obligado puente de unión entre los miembros a ella pertenecientes y el mundo social externo, pierde en la emigración una de sus principales funciones. El emigrante español, no se preocupa ni está en condiciones de adquirir los mínimos requisitos de integración. La educación del niño emigrante sufre, pues, una dicotómica ruptura al ir a caballo entre dos sistemas lingüístico-cultural-normativo-cognitivo-simbólicos diferentes, cuando no marcadamente contrarios, correspondientes a las instancias primaria (familia) y secundaria (escuela) de socialización. Esto crea una ambivalencia de sistemas de referencia que reper-

cute, de manera nada positiva, en la evolución psicosocial de este contingente humano.

Si bien el estudio de las consecuencias psicosociales que tiene la emigración ha sido objeto de cierta preocupación, existe una segunda cara de la moneda más silenciada y desconocida, pero no por eso menos dramática. Nos estamos refiriendo exactamente a los más de 600.000 hijos de emigrantes españoles que en la actualidad se encuentran en España (Müller, 1974, p. 74), cuya socialización primaria se está llevando a cabo, bien en ausencia del padre, bien de espaldas a la familia nuclear. Se trata de una situación de semi-aislamiento social (síndrome de abandono) muy cercana al hospitalismo, según la cual en nuestro país se está criando toda una generación bajo un clima especialmente propicio para la marginación, anomia y otros tipos de conductas y manifestaciones asociales, de cuya existencia deberían ser perfectamente conscientes, tanto los científicos sociales como la Administración estatal, porque se presenta como uno de los temas más problemáticos en un futuro no demasiado lejano.

«En la actualidad existen en España más de ocho millones de marginados», declaraba recientemente el doctor González Mas en el transcurso de un coloquio organizado por la Cruz Roja Española. En el campo concreto de la marginación, se hace necesaria una clarificación del mismo concepto que supere las confusas concepciones tradicionales y lo pongan en relación con aspectos del devenir histórico dentro del cual el paso de modelos de organización y estructura causado por la industrialización ha tenido como uno de sus resultados más típicos una tipología muy concreta de marginación compuesta por quienes no pueden cumplir con la principal normativa del esquema económico, cual es la producción. El anciano, que en la sociedad pre-industrial y agrícola ocupaba uno de los puestos más relevantes de influencia y dirección, ha pasado a ser evaluado y definido en base a su incapacidad de producción.

En líneas generales, el paso de lo rural a lo urbano y el consiguiente cambio en el entramado cognitivo y comportamental, y, con mayor claridad, en el socio-estructural «comporta cambios en las curvas de desviación, y, consiguientemente, en la estructura del delito» (Garmendia, 1974, p. 18), de la marginación y de cualquier modalidad anómica, ya que, en principio, el proceso de industrialización se ve acompañado, casi desde sus orígenes, por la proliferación de movimientos subculturales y contraculturales, carne de cañón de marginados, desviados y delincuentes «oficiales» cuyo delito primordial es la no aceptación de la producción como fin fundamental de su existencia, ni como criterio básico de su definición personal o social.

Sería interesante, no sólo una formalización teórica de lo que vulgarmente se entiende por «marginación social», sino el hacer una clasificación exhaustiva de su variada gama de manifestaciones en relación con la acción política, la perspectiva religiosa, el orden social y la producción económica,

haciendo una perfecta diferenciación de la marginación o delincuencia como anomia, como conducta a-normativa, como producto de la injusticia social, como patología o como resultado del cambio acaecido en la estructura económica. El mendigo, el gitano, el drogadicto, el «hippy», el anciano, el parado, el terrorista, el emigrante, el homosexual o la prostituta, constituyen una serie de categorías con una etiología social muy diferenciada que necesita una definición y un tratamiento muy diferentes que, posiblemente, nada tengan que ver con las explicaciones, definiciones y soluciones «oficiales» aferradas al ambiguo estigma de la «peligrosidad social». Durante el recién clausurado «Congreso Nacional sobre Fenomenología de la Delincuencia Juvenil», organizado por diversas instituciones oficiales, se puso de manifiesto la falta de una idea concreta y clara, por parte de la mayoría de estos estamentos, sobre el fenómeno de la delincuencia. Nunca hubo necesidad de definir ni de delimitar claramente sus indicadores, como si todos los allí presentes hubiéramos estado espontáneamente de acuerdo en las acepciones y atributos de tan arduo, resbaladizo y escabroso concepto.

Ante la mermada presencia de profesionales y su obligada ausencia en las reuniones más problemáticas (se comentaba que en estas reuniones los policías ya «se sabían» de antemano lo que tenían que decir), las conclusiones andan sobradas de vaguedades, utopías y retrospectivas ideológicas y muy faltas de una línea coherente, clara y futurista de lo que aquellas instituciones que más tienen que ver con fenómenos de marginación, delincuencia o desviación entienden, saben, proponen y opinan al respecto. Al final quedó excluido de las conclusiones un epígrafe elaborado por la Rampa Sociológica que constituye una síntesis de lo que, no sin esfuerzos, pudo conquistar esta disciplina en el contexto de las ciencias sociales: «A nivel profundo —decía el susodicho epígrafe— las causas sociales de la delincuencia son de naturaleza estructural, por lo tanto, la solución de este problema implica la transformación de estas estructuras.»

Otro grupo de tareas derivadas de esta segunda característica, serían las relacionadas con la ecología del comportamiento, en tanto en cuanto la distribución del entorno físico puede llegar, incluso, a la determinación de ciertos aspectos de la conducta social. Desde este punto de vista, la implosión de la población y su convergencia en monstruosos núcleos industriales, ha tenido como consecuencia la creación de una buena parte de ese nuevo orden de cosas y situaciones originadas a raíz del cambio y que tiene perfecta cabida en la cada vez más influyente psicología ambiental como aquella materia que «se ocupa de las relaciones entre el comportamiento humano y el medio ambiente físico del hombre» (Heimstra y McFarling, 1979, p. 3), tanto el construido o modificado, como el natural.

Entre el comportamiento individual, la comunidad entendida como la red de relaciones interpersonales, y el ambiente, existen unas estrechas interrelaciones que vienen siendo, en los últimos años, objeto de preferente es-

tudio en psicología social (Proshansky, Ittelson y Rivlin, 1978). «La conducta individual debe ser considerada, casi en su totalidad, como una transacción entre el individuo y su ambiente, de ahí que, para entender el significado de una conducta, sea necesario determinar su naturaleza transaccional» (Rodríguez, 1977, p. 859).

Aparte de la psicología ambiental y comunitaria, en íntima relación con ambas perspectivas, y de manera mucho más concretamente aplicable a nuestra situación, se nos ocurre como de capital importancia el estudio de la delincuencia desde la perspectiva transaccional individuo-ambiente, cuyo aumento en variadas y nuevas modalidades ha constituido uno de los fenómenos psicosociales más significativos de la década recién expirada, en cuyo transcurso, atracos y robos, prostitución de menores, violaciones, consumo de drogas blandas, etc., han adquirido una no siempre justificada preocupación y manipulación desde diversas perspectivas. Todo esto no es más que uno de los precios a un pseudo-desarrollo mal planificado y peor asimilado que tiene alguna de sus más dramáticas manifestaciones en el abandono del campo por más de un millón de familias, en el consecuente nacimiento de núcleos de población carentes de la mínima infraestructura educativa, sanitaria, profesional, recreativa, y, la mayoría de las veces, incluso deficitaria de las indispensables condiciones de habitabilidad, en la represión político-religiosa, en el desengaño industrial que nos ha llevado a una situación en la que más de un 60 por 100 de los parados tienen menos de veinticinco años, en el consumo absurdo, superfluo e indiscriminado, en la anarquía de precios, salarios y posibilidades adquisitivas. Es decir, una situación perfectamente abonada para el nacimiento de movimientos marginales y delictivos, fruto del desfase entre los incentivos propuestos por la sociedad de manera común a todos sus miembros y la diferencia de oportunidades que para su consecución brinda el orden social a unos y otros, según la ya clásica teoría mertoniana.

No menos interesante sería el ya apuntado análisis de las «comunidades marginales» que en nuestras grandes ciudades ha adquirido una fisonomía muy peculiar en el «chabolismo», y una segunda menos llamativa relacionada con la inmigración no cualificada y su hacinamiento en los arrabales de las grandes urbes cuya dinámica, en líneas generales, no difiere en exceso de la apuntada en relación con la emigración al exterior. En resumidas cuentas, «el proceso de urbanización —efecto y causa de la industrialización— es un factor que explica buena parte del cambio de actitudes y de conducta» (Garmendia, 1974, p. 18). La importancia que intentamos conceder a este factor, se la tiene bien merecida y hartó justificada.

El problema del desempleo nace, asimismo, de la explosión industrial mal entendida, canalizada y asimilada por los responsables de la estructuración económica.

De simple coyuntura pasajera, el paro ha pasado a obtener una entidad

y sustantividad sociológica con clarísimas repercusiones psicosociales. En nuestro país, esta situación ha alcanzado una especial virulencia, ya que está muy arropada, desde su origen, por la incompetencia y despreocupación oficial y por una picaresca caciquil que nos ha llevado a la cumbre del desempleo europeo cuando apenas estamos saliendo de la etapa «en vías de desarrollo».

Aunque los orígenes de este fenómeno tienen más bien relaciones directas con el orden económico, su incidencia en el socio-comportamiento es de meridiana claridad en lo que respecta a sus vinculaciones con ciertas formas de conducta marginales y delictivas, su repercusión en la estructura familiar, y, muy especialmente, sobre los modos y maneras que rigen el proceso de socialización, sobre la dinámica comunitaria y sobre el orden social en general.

El paro tiene, en primer lugar, clarísimas repercusiones sobre el esquema actitudinal del individuo, elabora unas maneras y formas típicas de ver, entender y explicarse la realidad impregnadas de pesimismo, hastío, desengaño y una agresividad latente a flor de piel. A este cambio de perspectiva teórica va a corresponder la consiguiente asunción de esquemas comportamentales acordes. El paro, como la mendicidad, derivan inmediatamente en formas de ver, explicar, entender, transmitir y estar en y frente al mundo, es decir, en un esquema de valores, actitudes y comportamientos muy específicos.

Coordenada socio-política

Un tercer grupo de variables de indudable interés psicosocial son las nacidas a raíz de recientes y conocidos cambios socio-políticos, lo que vuelve a asejarnos al espíritu de Ibadán. «Las fuerzas hacia el cambio social son más pronunciadas en los países en desarrollo donde la demanda por la independencia política, el desarrollo económico y la reforma social, producen un modelo de cambio muy rápido en algunos aspectos y demasiado lento en otros» (Kelman, 1968, p. 14).

El estudio de las estructuras de poder, de su mantenimiento o cambio, de la conducta y actitudes políticas, de las campañas electorales, de los grupos de influencia y presión, han sido, históricamente, objeto directo de la psicología social. Desde el ya clásico trabajo de Lazarsfeld, Berelson y Gaudet (1948) sobre la conducta del voto, pasando por el de Cartwright (1959), hasta llegar a los más recientes sobre la socialización política (Montero, 1975; Dennis, 1967; Milhofer, 1973, etc.), supone una continuada tradición de preocupaciones por todos aquellos aspectos del comportamiento social que están relacionados con el hombre como participante activo o pasivo de una estructura política.

Existe una serie de fenómenos derivados de la actuación político-social

que se nos ocurre como especialmente interesantes desde la perspectiva psico-social y que afectan, de manera muy especial, a determinados estratos de nuestra sociedad. Nos estamos refiriendo al cansancio, desaliento, desilusión y desencanto que se ha venido mostrando en relación con el tema político y, por contigüidad, con otros aspectos de la vida social, y que ha recibido la tan castiza e ibérica denominación de «pasotismo».

Prescindiendo de si se trata de un modo de ser, o, simple y llanamente, de una manera muy concreta de estar, de una postura que se adopta, lo que sí es cierto es que el pasotismo es una auténtica manifestación psicosocial, en gran parte actitudinal, que enmarca claramente unos modos y maneras de ver, entender y ponerse frente a la realidad.

No han faltado en estos dos últimos años voces «carrozas» —por usar la terminología *ad hoc*— que, de manera bastante irracional y visceral, han intentado explicar el pasotismo echando mano de una cierta esclerosis mental y miopía de perspectivas y abundando sobrada y poco objetivamente, en las aportaciones negativas y connotaciones valorativas de este fenómeno⁶, cuya explicación debiera ser hecha, en parte, atendiendo a sus interrelaciones con el conjunto de elementos que convergen en la formación de una situación más o menos continuada cronológicamente. Desde este punto de vista, el pasotismo no es más que el fruto de la acción político-social de los tres últimos años y éste debería ser uno de los puntos de referencia capitales a la hora de enfrentarnos a su estudio.

El ciudadano medio español (especialmente los jóvenes) que se entregó con cierta ilusión a la reconstrucción democrática de nuestro país, ha visto acompañado sus esfuerzos, desvelos e ilusiones por la inoperancia oficial y por un excesivo conformismo de aquellas fuerzas políticas que se suponían responsables del cambio. Si a esto añadimos el recrudecimiento del paro, el deterioro de la convivencia ciudadana, la anárquica disminución del poder adquisitivo, la pérdida de fe y confianza en quienes rigen nuestros destinos políticos, la amenaza nuclear y el peligro de destrucción del ambiente ecológico, quizá comience a ser explicable el porqué nos podemos dedicar al «porro», a la meditación trascendental, al «gurú» o al naturismo, completamente alejados del desencanto político, de la contaminación ambiental y alimenticia y de la frustración científica.

⁶ Tengo ante mí uno de los más suculentos ejemplos aparecido en *Informaciones* del 21 de marzo del pasado año. Bajo el título de "Pasotismo universitario", su autor (Fernando Orgambides) pone de manifiesto un total desconocimiento de la dinámica universitaria posfranquista, confunde el "Rock" con el "Jazz", pinta al porro con cuernos y rabo y termina con un digno colofón de augurios: "La situación, pues, se presenta difícil y confusa. Unos piensan que esta desconfianza y pasividad puede desembocar en un mayo francés a la española, y otros no dudan en afirmar que se trata del camino más corto para llegar al caos. Lo cierto es que en sólo dos años todo ha cambiado de forma radical. No existe participación ni tampoco interés por crear cauces. Manda el porro y la música extravagante." Una bonita manera de demostrar que no sabe ni lo que es el porro, ni la música, ni la Universidad.

Si bien hemos venido mencionando de una manera aislada cada uno de los posibles temas psicosociales, no se nos oculta que la mayoría de ellos (paro, delincuencia, pasotismo, marginación, etc.) forman un cuerpo perfectamente coherente fundamentado en la existencia de un origen común y una dinámica de aparición, manifestación y evolución muy similar, es decir, en ser y constituir diferentes manifestaciones de macro-eventos sociales, políticos y económicos que nos han caracterizado en los últimos años. El estudio de cualquiera de ellos nos va a remitir a su interdependencia e interconexión con los demás en contra de las explicaciones reduccionistas y simplonas a que nos tienen acostumbrados buena parte de los medios de comunicación social y las interpretaciones oficiales.

Con estas ideas no pretendemos más que presentar una serie de reflexiones en torno a lo que pudiera ser una psicología social española. No se trata de un ideario, ni de un modelo, ni mucho menos de un paradigma. Tampoco se trata de tomar partido entre el proceder aristotélico o galileano. La psicología social es ciencia de lo universal en tanto que tiene que ver con el hombre como producto de una evolución filogenética y con una carga genética indudable. Es también ciencia de lo particular, lo específico, lo contextual en tanto que el sistema simbólico-cultural, la estructura cognitiva, los eventos histórico-biográficos más o menos cotidianos o extraordinarios, la estructura social, los sucesos históricos, etc., no pueden ser nunca dejados de lado en la explicación del comportamiento social. Por eso, creemos que puede tener pleno sentido hablar de la necesidad de una psicología social española originada en aquellos aspectos y características que nos sean especialmente idiosincráticos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALVIRA, F.; AVIA, D.; CALVO, R., y MORALES, F., *Los dos métodos en las ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.
- ARGYLE, M., "Sequences in social behavior as a function of the situation". En G. P. GINSBURG (Ed.), *Emerging Strategies in Social Psychological Research*. N. Y.: John Wiley and Sons, 1979.
- ARONSON, E., *Introducción a la Psicología Social*. Madrid: Alianza, 1975.
- ASCH, S., *Psicología Social*. Buenos Aires: Eudeba, 1962.
- BACKMAN, C., "Epilogue: a new paradigm?" En G. P. GINSBURG (Ed.), *Emerging Strategies in Social Psychological Research*. N. Y.: John Wiley and Sons, 1979.
- BARBER, T., y SILVER, M., "Fact, Fiction, and the experimenter bias effect". *Psychological Bulletin Monograph*, 1968, n.º 70.
- BAURIM, B., "The immorality of irrelevance — the social role of science". En *Psychology and the Problems of Society*. APA: Washington, 1970.
- BLANCO, A., "Schulleistung un Integration". Diskussionsbeiträge der Volkswirtschaftlichen Abteilung der Hochschule St. Gallen, St. Gallen, 1978.
- BOAS, F., *The mind of primitive man*. N. Y.: Macmillan, 1911.
- BREWSTER, S., "Is Psychology Relevant to the New Priorities?" *American Psychologist*, 1973, 28, 463-471.
- CAMPBELL, D., "Reforms as Experiment". *American Psychologist*, 1969, 24, 409-429.
- CAREY, A., "The Hawthorne studies: a radical criticism". *American Sociological Review*, 1967, 32, 403-416.
- CARLSMITH, M.; ELLSWORTH, P., y ARONSON, E.: *Methods of Research in Social Psychology*. Reading, Mass.: Addison-Wesley Pub. Co., 1976.
- CARTWRIGHT, D., y ZANDER, A., *Dinámica de grupos*. México: Trillas, 1972.
- CARTWRIGHT, D. (Ed.), *Studies in Social Power*. Michigan, 1959.
- COLLINS, B., y GUETZKOW, H., *Psicología Social de los procesos de grupos en la adopción de decisiones*. Buenos Aires: El Ateneo, 1971.
- DENNIS, J., *Recent Research on political socialization*. Medford: Lincoln Filene Center for Citizenship and Public Affaires, 1967.
- DEUTSCH, M., "An experimental study of the effects of cooperation and competition upon group process". *Human Relations*, 1949, 2, 199-232.
- DOOB, L., "Just a Few of the Presuppositions and Perplexities Confronting Social Psychological Research in Developing Countries". *Journal of Social Issues*, 1968, 24, 71-84.
- EISER, J., *Cognitive Social Psychology*. N. Y.: McGrawHill, 1980.
- ELMS, C., "The crisis of confidence in Social Psychology". *American Psychologist*, 1975, 11, 967-976.
- FESTINGER, L., "The role of group belongingness in a voting situation". *Human Relations*, 1947, 1, 154-181.
- FESTINGER, L., *A Theory of Cognitive Dissonance*. Stanford: Stanford University Press, 1957.
- FESTINGER, L., y KATZ, D. (Eds.), *Los métodos de investigación en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Paidós, 1978.
- FESTINGER, L., *Experimentos de laboratorio*. En L. Festinger y D. Katz (Eds.), 1978.
- FORGAS, J., "Multidimensional scaling: a discovery method in social psychology". En G. P. Ginsburg (Ed.), *Emerging Strategies in Social Psychological Research*. N. Y.: John Wiley and Sons, 1979.
- FRENCH, D., *An exploration of Wasco ethnoscience*. Yearbook of the American Philosophy Society, 1965, 224-226.
- FRIED, S.; GUMPPER, D., y ALLEN, J., "Ten years of social psychology. Its there a growing commitment to field research?". *American Psychologist*, 1973, 28, 155-157.
- GARFINKEL, H., y SACKS, H., "Ueber formales Strukturen praktischer Handlungen". En E. Weingarten, F. Sack y J. Schenkien (Eds.), *Ethnometodologie. Beiträge zu einer Soziologie des Alltagshandelns*. Frankfurt am Main: Rowohlt, 1976.
- GARMENDIA, J. A., *Esquema del delito en España*. Madrid: Testigos de España, 1974.

- GERGEN, K., "Social Psychology as History". *Journal of Personality and Social Psychology*, 1973, 26, 309-320.
- GERGEN, K., "Social Psychology. Science and History". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1976, 2, 373-383.
- GLICK, J., y CLARKE-STEWART, A. (Eds.), *The Development of social understanding. Studies in Social and Cognitive Development*. N. Y.: Gardner Press, 1978.
- GOODWIN, L., "On Making Social Psychology Relevant to Public Policy and National Problem Solving". *American Psychologist*, 1971, 26, 431-442.
- HARRE, R., y SECORD, P., *The explanation of social behavior*. Totowa: Litlefield Adams, 1972.
- HEFNER, R., y DELAMATER, J., "National Development from a Social Psychological Perspective". *Journal of Social Issues*, 1968, 24, 1-5.
- HEIDER, F., *The Psychology of Interpersonal Relations*. N. Y.: John Wiley and Sons, 1958.
- HEIMSTRA, N., y MCFARLING, L., *Psicología ambiental*. México: El Manual Moderno, 1979.
- HIEBSCH, H., y VORWERG, M., *Einführung in die marxistische Sozialpsychologie*. Berlin: Veb deutscher Verlag der Wissenschaften, 1976.
- HOLLANDER, E., "Independence, Conformity and Civil Liberties: Some Implications from Social Psychological Research". *Journal of Social Issues*, 1975, 31, 55-67.
- HOLZKAMP, H., *Kritische Psychologie*. Frankfurt am Main: Rowohlt, 1972.
- HOMANS, G., *Social Behavior. Its Elementary Forms*. N. Y.: Harcourt Brace, 1961.
- HOROWITZ, E., y HOROWITZ, R., "Development of social attitudes in children". *Sociometry*, 1937, 1, 301-337.
- HOVLAND, C. (Ed.), *Attitude Organization and Change*. New Haven: Yale University Press, 1960.
- HOWE, H. (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation. Social Cognitive Development*. Lincoln, Neb.: University of Nebraska Press, 1978.
- HURST, M., "Integration und Entfremdung. Ich und Identitätsentwicklung des Gastarbeiterkinde". *Sozialarbeit*, 1974, 6, 10-15.
- JIMÉNEZ BURILLO, F., "Psicología Social en España. (Notas para una historia de las ciencias sociales)". *R.P.G.A.*, 1976, 31, 235-284.
- JIMÉNEZ BURILLO, F., "Sobre algunas cuestiones de la Psicología Social actual". *Revista de la Opinión Pública*, 1977, 47, 139-146.
- KATZ, D., "The functional approach to the study of attitudes". *Public Opinion Quarterly*, 1960, 24, 163-204.
- KELLEY, H., "Communication in experimentally created hierarchies". *Human Relations*, 1951, 4, 39-56.
- KELMAN, H., "Social Psychology and National Development: Background of the Ibadan Conference". *Journal of Social Issues*, 1968, 24, 9-20.
- LAZARSFELD, P.; BERELSON, B., y GAUGET, H., *The people's choice*. N. Y.: Columbia University Press, 1948.
- LIPSET, M., "Research on relevance: A survey of graduate students and Faculty in Psychology". *American Psychologist*, 1974, 29, 541-553.
- MACAULAY, J., y BERKOWITZ, L., *Altruism and Helping Behavior*. N. Y.: Academic Press, 1970.
- MAHLER, G., *Zweitsprache Deutsch*. Donauwörth: Auer, 1974.
- MANIS, M., "Cognitive Social Psychology". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1977, 3, 550-566.
- MANIS, M., "Comments on Gergen's 'Social Psychology as History'". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1975, 1, 450-455.
- MARIN, G. (Ed.), *La Psicología Social en Latinoamérica*. México: Trillas, 1975.
- MARIN, G., "La Psicología Social y el desarrollo de la América Latina". *Boletín de la AVEPSO*, 1978, 1, 1-13.
- MCGUIRE, W., "The Yin and Yang of Progress in Social Psychology". *Journal of Personality and Social Psychology*, 1973, 26, 446-456.
- MERTENS, W., y FUCHS, G., *Krise der Sozialpsychologie?* Munich: Ehrenwirth, 1978.
- MILGRAM, S., *Obedience to Authority*. N. Y.: Harper and Row, 1974.

- MILHOFFER, P., *Familie und Klasse. Ein Beitrag zu den politischen Konsequenzen familiärer Sozialisation*. Frankfurt am Main: Fischer, 1973.
- MONTERO, M., *Socialización política en jóvenes carqueños*. En G. Marin (Ed.), 1975.
- MOSCOVICI, S., "Society and Theory in Social Psychology". En J. Israel y H. Tajfel (Eds.), *The Context of Social Psychology: A Critical Assessment*. N. Y.: Academic Press, 1972.
- MOSCOVICI, S., y RICATEAU, P., "Conformidad, minoría e influencia social". En S. Moscovici (Ed.), *Introducción a la Psicología Social*. Barcelona: Planeta, 1975.
- MÜLLER, H. (Ed.), *Ausländerkinder in deutschen Schulen*. Stuttgart: Klett, 1974.
- NEWCOMB, Th., *The Acquaintance Process*. N. Y.: Holt, Rinehart and Winston, 1961.
- NEWCOMB, Th., *Breve reseña sobre la independencia de la teoría y los métodos de la Psicología Social*. En L. Festinger y D. Katz (Eds.), 1978.
- NINYOLES, R., *Estructura social y política lingüística*. Valencia: Fernando Torres (editor), 1975.
- ORNE, M., "On the social psychology of the psychological experiment: with particular reference to demand characteristics and their implications". *American Psychologist*, 1962, 17, 776-783.
- OSGOOD, Ch., y TANNENBAUM, R., "The principle of congruity in the prediction of attitude change". *Psychological Review*, 1955, 62, 42-55.
- PAREEK, U., "A Motivational Paradigm of Development". *Journal of Social Issues*, 1968, 24, 115-122.
- PORTES, A., *Psicología Social de la emigración*. Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella, 1973.
- PROSHANSKY, H.; ITTELSON, W., y RIVLIN, L., *Psicología Ambiental*. México: Trillas, 1978.
- RODRÍGUEZ, A., "La Psicología Social: problemas actuales y perspectivas para el futuro". En G. Marin (Ed.), *La Psicología Social en Latinoamérica*. Vol. 2 (en prensa).
- RODRÍGUEZ, A., "Psicología Social: perspectivas después de una crisis". *R.P.G.A.*, 1977, 32, 849-862.
- ROSEN, B., "Race, ethnicity and the achievement syndrome". *American Sociological Review*, 1959, 24, 47-70.
- ROSENTHAL, R., "Covert communication in the psychological experiment". *Psychological Bulletin*, 1967, 67, 356-367.
- SCHACHTER, S., *The Psychology of Affiliation*. Stanford: Stanford University Press, 1959.
- SCHLENKER, B., "Social Psychology as Science". *Journal of Personality and Social Psychology*, 1974, 29, 1-15.
- SCHUTZ, A., *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.
- SHANTZ, C., "The development of social cognition". En E. Hetherington (Ed.), *Review of child development research*. Chicago: University of Chicago Press, 1975.
- SHERIF, M., "On the relevance of social psychology". *American Psychologist*, 1970, 25, 144-156.
- SILVERMAN, I., "Crisis in Social Psychology. The Relevance of Relevance". *American Psychologist*, 1971, 26, 583-584.
- SINHA, D., "Orientation and attitude of the social psychologist in a developing country: The Indian case". *International Review of Applied Psychology*, 1976, 26, 1-10.
- THIBAUT, J., "An experimental study of the cohesiveness of under privileged groups". *Human Relations*, 1950, 3, 251-278.
- THIBAUT, J., y KELLEY, H., *The social psychology of groups*. N. Y.: John Wiley and Sons, 1959.
- VARELA, J., *Psicología Social aplicada*. En G. Marin (Ed.), 1975.
- WHORF, B., *Collected Papers on Metalinguistics*. Washington, D. C., 1952.
- WINCH, R., *Mate selection: A study of complementary needs*. N. Y.: Harper and Row, 1958.

CRITICA DE LIBROS